

El Portal de Belén

Cada año, en Invierno, una de las niñas era la primera en correr a la ventana:

-¡Está nevando!! ¡Está nevando!

De la mano, con Carmen, Chon y Lolita, salían a los portales de la casa después de las primeras nevadas y contemplaban por largo rato las blancas calles y alguna ardilla buscando su nuez.

Y con la nieve llegaba la Navidad. Los niños escribían a los Reyes para pedir sus regalos.

Doña Dolores desempolvaba las enormes cajas guardadas durante el año, con los reyes, pastores y demás adornos de Navidad. Felices se esmeraban los niños colocando las figuritas alrededor del portal. La más pequeña quería tomarlo todo...

-¡Lolita, no! -se oía decir.

Entonces, con cara de picardía, entregaba lo que tenía apretado en su mano.

Josemaría salía con su padre al campo a buscar pedruscos, arena y musgo para el piso del portal. Don José parecía un niño instalando el pesebre con sus montañas de corcho y ríos de papel plateado.

El Relojero reía gracioso al descubrir los angelitos que los niños habían colocado para adornar el pesebre.

-¡Nos ponen alitas! -decía.

Y no solo eso: los había rubios, morenos y pelirrojos, tocando flautas, liras y tambores.

Los días anteriores al nacimiento de Jesús, al llegar don José de la tienda, la familia se reunía en torno al pesebre. A las niñas les gustaba encender velas de colores que colocaban cerca del portal y, a la luz de aquellas velas, esperando al Niño Jesús, cantaban alegres, con sencillos e improvisados instrumentos musicales, los villancicos que sabían desde muy pequeños.

-¡Y ahora el que mas le gusta a mamá!

-¡Sí, sí! -respondían todos.

Y don José comenzaba...

"Madre, en la puerta bay un Niño...
más hermoso que el sol bello
diciendo que tiene f río
porque viene casi en cueros.



Mi Padre es del Cielo
mi Madre también.
Yo bajé a la tierra
para padecer".

